

Procuraron los primeros emperadores de la dinastía de los Han, hacerlos para con ellos propicios con regalos y concesiones, llegando hasta dar sus hijas en matrimonio á sus jefes. Bajo el reinado de Vu-ti, algunos yung-nu que se habían sometido á la China, refirieron á aquel príncipe que sus compatriotas habían hecho la guerra á los yue-ti, y que el rey de los yung-nu se había hecho una copa con el cráneo de su rey. Tal vez estos yung-nu son los mismos que después cayeron sobre el imperio romano. Los yue-ti estuvieron también en guerra con los partos posteriormente al año 127 a. C.; después otros escitas ocuparon en la misma época á Bactra y la Sogdiana, y destruyeron el reino griego de la Bactriana.

Hiao-vu-ti pensó en servirse de ellos para destruir á los bárbaros. Chang-Kiang, que les envió como embajador, se puso en camino con algunos oficiales para ir á encontrar á los yue-ti en la comarca situada al Norte del Oxo, á donde se habían retirado. Habiendo sabido los yung-nu el viaje de Chang-Kiang y su objeto, se le opusieron en el camino y le detuvieron prisionero durante diez años. Consiguio, en fin, escaparse con sus compañeros, y llegó hasta los yue-ti; pero no pudo inclinarse á dejar un país tan rico y abundante en todos los bienes para volver á los desiertos de la Tartaria á guerrear contra los yung-nu. Habiéndose frustrado su misión, Chang-Kiang se dirigió hácia su patria por las montañas del Tibet, pero cayó de nuevo entre las manos de los yung-nu que le conservaron mucho tiempo cautivo; aun se les escapó y volvió á China después de una ausencia de trece años, con uno solo de sus compañeros, de ciento que habían marchado con él. Procuró este viaje á los chinos el conocimiento de varios países y de diferentes naciones de la India, y les enseñó el camino que era preciso seguir para ir á través de la cordillera del Tibet. Pero la barbarie de los pueblos intermedios que degollaban á los agentes espeditos para hacer tratados de comercio, se opuso á las comunicaciones y á los viajes.

Vu-ti envió contra los yung-nu, á Ho-Kiu-ping con trescientos mil hombres. Cuatro victorias que consiguió rechazaron su *ala derecha* lejos de la gran muralla, porque el país que habitaban podía siempre ser considerado como un campamento. Esta expedición fué la primera que extendió las fronteras chinas hácia el Oeste; muchas familias se trasladaron de este lado, y los puestos militares siguieron siempre avanzando. Vu-ti entró vencedor en los reinos de Pégu, de Siam, de Cambodje, de Bengala. Fué su flota á someter las costas orientales de la China gobernadas por un jefe independiente; y sus naves, cuyos puentes estaban distribuidos en aposentos, robaron toda la población de Canton, que permaneció algún tiempo desierta.

Como el poder de los príncipes tributarios, algunos de los cuales dominaban sobre mil *li* y muchas ciudades, parecía excesivo, se propuso impedir que el hijo mayor heredara la mitad de los bienes pa-

ternos, y que el resto se dividiese entre los demás hermanos.

Después de otros varios reinó Si-Ven-ti (72). Educado éste en la prision en que su madre había sido encerrada por Vu-ti, se había enseñado á amar la justicia, y él mismo examinaba las reclamaciones de sus súbditos. Hizo recopilar en un código las leyes promulgadas por sus antecesores, aboliendo las que no eran oportunas, y recomendando la suavidad en la aplicación de las que conservaba. Un informe de uno de sus ministros nos refiere, sin embargo, que solo en un año perecieron doscientos veinte y dos individuos por el crimen de sus mujeres ó de sus hermanos. Tuvo también este príncipe contra los yung-nu y otros tártaros turcos (80), varias guerras, de las que salió con honor. Sometió, ya fuese por su reputación de virtud ya por la fuerza, á todas las tribus hasta el mar Caspio, é hizo construir para eternizar la memoria de sus hazañas, la magnífica pirámide de Ki-lin. Mandó revisar los *King* ó libros canónicos, y determinar la mejor lección; también favoreció todos los estudios.

Ascendió al trono Ping-ti á la edad de nueve años, el primer año de la era *yu-lon* en el reinado del imperio bajo su nombre había *vicul* *hang*, astuto ambicioso, que, aspirando á ser *cia* *rema* categoría, aumentó el número de sus *ici* curas, multiplicando sus principados. Reunió bajo el pretexto de darles una educación conveniente, á todos los niños varones de sangre imperial, de los cuales se encontraron doscientos mil. Atravióse después á cometer el crimen más horrible á los ojos de los chinos, violando los sepulcros, para sacar las riquezas sepultadas con los cadáveres (5 d. C.). Por último, envenenó al emperador, tomó el título de tal, y ofreció el sacrificio al Ser Supremo. Esterminó á centenares á los que se le oponían, y por otra parte, elevó á los descendientes de Confucio al más alto puesto, que después permaneció hereditario entre ellos. Creyéronse libres los pueblos súbditos ó aliados, de las obligaciones contraídas para con la dinastía de los Han; lo cual obligó á Uang-mang, á tener siempre las armas en la mano, y en su consecuencia á sobrecargar al pueblo. Aumentóse el número de los partidarios de la dinastía caída, y llegó el momento en que sitiaron al usurpador, quien, vencido fué despedazado.

VI dinastía.—Después de grandes desórdenes y de efímeras tiranías, obtuvo el birrete imperial Kuang-vu-ti (25), de la dinastía de los Han, llamados orientales porque trasladó la corte de Si-ngan-fu á Ho-nan-fu. Después de haber restablecido por una amnistía la tranquilidad interior, pudo este príncipe dispersar á los ung-mey (cejas rojas), partidas ó más bien ejércitos de ladrones, que se habían reclutado durante las últimas turbulencias, y que tomaban su nombre del color con que se tenían. Contribuyeron su afabilidad y energía á mantener en sus Estados la justicia y la paz. Bajo su reinado y el de su sucesor Ming-ti, se anudaron las relacio-

nes con los pueblos de Occidente, y el imperio recobró sus antiguas fronteras (56).

Instruido este último príncipe en toda la ciencia de los antiguos filósofos, instituyó en su palacio una academia de ciencias para los hijos de los príncipes bárbaros y los gobernadores de las provincias conquistadas. Empleó cien mil hombres para construir un dique contra las irrupciones del río Amarillo. Pero el haber dejado introducirse la idolatría de Fo, bastó para que su memoria sea anatematizada por los letrados. Opusieronse estos bajo su hijo Chang-ti, á la nueva superstición (76); y Kong-hi, uno de ellos, dijo que el emperador Vu-ti, aceptando este culto extranjero, había destruido todo el bien que se le debía. Habiéndose referido estas palabras á los censores del imperio como una *injuria* hácia uno de los mayores príncipes de la familia de los Han, el acusado se disculpó de esta manera. «Es una calumnia de mis enemigos pretender que quiera erigirme en reprobador de los augustos príncipes. He hablado del gobierno de Vu-ti como habla la historia. La historia es la lección de los príncipes de la posteridad; se ha hecho para instruirlos é impedir que incurran en las faltas de sus predecesores. ¿Sería un crimen recordar lo que ella ha encontrado reprehensible? Las acciones de los príncipes, buenas ó malas, no pueden permanecer ocultas, estando fijos todos los ojos sobre ellos: ¿sería una falta vituperarlos cuando se portan mal? Si merezco la muerte por haberme fiado en referir lo que está escrito, proscribanse la historia y su tribunal del cual nadie se libra. Ella registrará también el tratamiento sufrido por mí, por haber censurado acciones vituperadas por ella y resultará una mancha para el emperador que me haya castigado.» Agradecióle el emperador su lealtad. Aunque es cierto que favoreciese á los tao-sse, no descuidó la doctrina de Confucio, ni á los que la seguían. Convocados los letrados por él para examinar las concordancias, y explicar las variaciones de los cinco libros canónicos, el resultado de su trabajo produjo el *Comentario explicativo*.

Dejó la infancia de O-ti libre el campo á las intrigas de sus ministros y de su madre (89). Sin embargo, los yung-nu continuaban inquietando el imperio: Pu-nu, uno de ellos, reinó con crueldad, tramaba la muerte de su hermano mayor, cuando este se escapó del peligro por la fuga, y se puso á la cabeza de ocho hordas de esta nación. Proclamado Chen-yu por ellas, se retiró hácia los confines de la China, donde fundó el reino de los yung-nu meridionales, quienes se asociaron á los chinos para hacer la guerra á los septentrionales.

Pan-chao, general de O-ti, no menos valiente guerrero que hábil político, estableció el sistema federativo en el Asia Central, y de este modo llegó á triunfar de los yung-nu septentrionales; sometió la Pequeña Bukaria y subyugó más de cincuenta principados, cuyos herederos envió á la corte para servir allí de rehenes. Habiéndose adelantado hasta el mar Caspio, quiso atravesarle y atacar el im-

perio romano, pero los partos le persuadieron de que apenas le bastarían dos años para este viaje, lo que le decidió á retroceder. Antes de alejarse, dijo al general que debía sucederle como gobernador del país: «Los chinos esparcidos en estas comarcas son, en su mayor parte, desterrados y deportados por sus fechorías. Los naturales se asemejan á las fieras difíciles de domesticar. Sois vivo é impetuoso; acordaos de que no es fácil pescar en agua clara, y de que no se obtiene la paz tirando mucho de la cuerda. ¿Queréis hacerlos respetar? Manifestaos afable, indulgente, generoso. Disimulad las cosas de poca importancia; contentaos con una discreta exactitud de los pueblos en el cumplimiento; escusad las faltas graves, no tengais cuidado de minuciosidades que fatigarían á los hombres sin hacerles mejores.»

O-ti fué el primero que concedió á los eunucos altas dignidades, ocasionando de este modo grandes perjuicios por las luchas que surgieron entre ellos y los letrados. La emperatriz se encuentra citada como un modelo de saber y modestia. Entre los numerosos presentes que le ofrecieron en ocasión de su matrimonio, no quiso aceptar sino papel y pinceles.

Se sucedieron las regencias hasta Chun-ti, que consiguió varias victorias (126). Habiendo recibido una perla muy grande, la devolvió diciendo que no debía ocuparse de un vano lujo, cuando el pueblo se moría de hambre. Habiéndose rebelado algunos distritos, en lugar de hacer marchar contra ellos un ejército, les comisionó un ministro que dijo á los rebeldes: «La avaricia y crueldad de los mandarines os ha hecho tomar las armas, y sobre ellos recae la falta de vuestra insurrección. ¿Pero es acaso una acción loable rebelarse contra su príncipe? El no desea sino la paz y la felicidad de sus pueblos; los que los tratan mal, le engañan. Vengo enviado por él para gobernaros. Si deponeis las armas, os prometo que todos conservarán su gerarquía, y que á todos se os proporcionará con que vivir contentos en el seno de vuestras familias.» ¡Bello ejemplo en un príncipe que sabe reconocer sus faltas! Estableció además Chun-ti que nadie sería promovido á la magistratura antes de la edad de cuarenta años cumplidos; pero son acaso los años la exacta medida de la experiencia?

Siguieron los eunucos y los letrados disputándose el poder, hasta que los primeros lograron inspirar desconfianza contra la academia, como si la unión de los hombres instruidos fuera amenazadora para con la autoridad, cuando realmente es el más firme obstáculo contra la tiranía. Fueron, pues, desterrados los sabios de la corte, procediéndose á los más afamados. Al mismo tiempo aspiraba el emperador al título de amigo de las ciencias, y hacia grabar los cinco libros clásicos en tres clases de caracteres en cuarenta y seis piedras de mármol. Letra muda que no asustaba al despotismo.

Los empíricos.—Habiendo assolado la peste el

imperio por espacio de once años, un tao-sse, llamado Chang kio, encontró contra ella un remedio seguro en cierta agua que preparaba con palabras misteriosas. El mal era grave, el remedio extraño; obtuvo, pues, con facilidad confianza Chang-kio. Seguido de multitud de empíricos les disciplinó, y de esta manera se encontró á la cabeza de un partido fuerte, aumentado por el gran número de descontentos. Hizo entonces circular la voz de que el cielo azul, es decir, la dinastía de los Han tocaba á su fin y que cedería el puesto al cielo amarillo.

Gorros amarillos.—Habiéndose medio descubierto sus proyectos, vió segura su pérdida si no era audaz, y apeló á las armas. Levantáronse á su voz cincuenta mil hombres, que adoptaron el gorro amarillo por señal distintiva y los envió á devastar el país.

Encontróse favorecido en sus expediciones por la contemporánea sublevación de varios ambiciosos que dividieron la China en varios principados. Pero la prudencia y el valor del general Sao-sao reprimieron á los gorros amarillos, y el mayor número se alistó bajo sus banderas. Aprovechándose después de la guerra civil adquirió un inmenso territorio y se encontró en disposición de libertar al emperador Hien-ti, á quien tenían preso los grandes en su propia corte (190). Elegido por este príncipe su primer ministro, apaciguó las facciones, adoptó el gorro de doce pendientes, adornado con cincuenta y tres piedras preciosas, atributo distintivo del monarca, y un carro de eje dorado, pintado de cinco colores y tirado por seis caballos. Poco hubiera tardado en apoderarse igualmente del sello imperial á no haberle atajado la muerte en sus proyectos ambiciosos. Consistía su principal mérito en saber discernir la capacidad de cada uno y en emplearle conforme á ella.

Consumada fué su obra por su hijo Sao-pi, quien arrebató la corona á Hien-ti, y empezó la dinastía de los Uei (220). Pero al paso que la dinastía caída había estendido las fronteras del imperio hasta el mar Caspio, la nueva no poseyó más que la mitad septentrional de la China; encontrándose el resto dividido entre las familias de los Hu y de Heu-han ó Han posteriores; residía la primera en Nankin en el Mediodía; la otra en Ching-tu en el Norte. Multiplicáronse las disensiones en el imperio, dividido de esta manera en tres, hasta el momento en que se extinguió la familia de los Hu, después de haber habido cuatro reyes en cincuenta y nueve años.

Considerado Sao-pi como un usurpador por los partidarios de la antigua familia, sostuvo la guerra contra sus dos competidores, y demostró valor, tanto en los combates como en los reveses. Llegado que hubo al término de su vida, dijo: «Cuando un hombre ha llegado á cincuenta años, no puede quejarse de que el cielo le concede una corta existencia; menos lo puedo yo, que tengo sesenta.» Y recomendando su hijo Heu-ti al sabio Chu-kuo-teang, añadió: «Si se niega á vuestros consejos, de-

ponedle, y reinad en su lugar.» Después dirigiéndose á su hijo: «Por ligero que te parezca un pecado, no lo cometes; por pequeña que creas una virtud, no la descuides; solamente, la virtud merece que la sigamos. He practicado tan pocas, que no puedo servirte de modelo; pero presta atención á los consejos de Kuo-teang que será para tí un segundo padre.»

Pasóse el reinado de Heu-ti en medio de las guerras civiles y de la anarquía. Peleó contra el rey de los vei (223), cuyo general, Song-chao, animado con la victoria, se rebeló, y habiéndose puesto al frente del Estado, dirigió un terrible ataque contra Heu-ti. No atreviéndose este príncipe á marchar contra él y morir en el campo de batalla, se entregó cobardemente al vencedor, quien le dejó vivir en una despreciable oscuridad. No pudiendo su hijo despertar su valor, ni doblegarse él mismo á la servidumbre, se retiró á la sala de sus antepasados, dándose allí la muerte con su mujer. Con él acabó la dinastía de los Han, y el hijo de Song-chao, dió principio á la de los Tsin (263).

Relaciones exteriores.—Tuvieron los Han continuas diferencias con los tártaros. Concluíase á veces la guerra con ventaja de éstos, que entonces invadían y sujetaban la China en parte ó enteramente, como lo ejecutaron á su vez los yung-nu, los turlos, los to-po, los yuan-yuan, los kitat, los yu-chi, los mongoles, los manchues; con más frecuencia los chinos llevaban la mejor parte, y después de haber rechazado á los bárbaros, los perseguían más allá de los desiertos. Entonces el conseguir una victoria les proporcionaba inmensas regiones, siempre abiertas al conquistador; y los habitantes de aquellas dos líneas de ciudades que marcan el camino de la Persia á la China al través de la Tartaria, pagaban á éstos el tributo que percibían antes los tártaros. Además, cuando las hordas de aquellos feroces guerreros se disipaban, podía el emperador enviar guarniciones hasta la estremidad del imperio que los tártaros dejaban libre. Consolidaban los chinos de esta manera un poder que la división les impidió después conservar, y adquirían conocimientos de países ignorados hasta entonces.

Su expedición al mar Caspio parece haber tenido por objeto hacer libre en este mar el comercio entre ellos y los romanos. Ateniéndose á las relaciones de los partos, los chinos se figuraron el imperio romano como un país maravilloso, con príncipes muy poderosos, una capital inmensa, y habitantes extraordinariamente sabios y justos. Como nunca habían encontrado en sus escursiones sino pueblos menos civilizados que ellos, honraron á este imperio con el nombre de Ta-sin, esto es, gran China, y supusieron que todo lo que se encontraba bueno y bello en los otros países, procedía de allí. «Acúñanse allí, dicen los libros, monedas de oro y plata y una de oro vale diez de las otras. Trafican por mar con la Persia y con la India, ganando diez por uno. Sin embargo, son leales

y justos, y no tienen dos precios para las mercancías. El trigo está barato, y circulan inmensos capitales. Cuando embajadores extranjeros llegan á las fronteras, se les provee de carruajes por el público, y una vez llegados á la capital, se les proporciona oro para subvenir á sus gastos. Deseaban sacar de nosotros la seda cruda, porque saben hilar con mucha finura y teñir perfectamente; pero los ases no quieren consentir en ello, para no perder el beneficio que les reporta la mano de obra.»

Los ases son quizá los efalitas. Habiendo su rey Catuxo intrigado en la corte de Cosroes, rey de Persia, á fin de impedir el tráfico de las sedas, los sogdianos; para consumirlas, indujeron á los turbos á establecer comunicaciones directas con los romanos. Era natural que también los romanos desearan comunicarse directamente con los pueblos de donde recibían la seda; pero los partos se oponían á ello. Solo un embajador, de An-tun (Antonino) (166), rey de Ta-tsin, llegó á la corte de Uang-ti después de haber viajado por mar y atravesando el Ji-nan, que es el Tonquín moderno. Sus tributos no eran de gran valor, sino cuernos de rinoceronte, colmillos de elefante, conchas de tortugas; de esta manera creyeron que los embajadores habían guardado para sí lo más precioso. Estas relaciones amistosas de Occidente con Oriente se vieron probablemente interrumpidas por las discordias de la nueva dinastía y por el aumento de poder de las persas.

En la época en que nos encontramos, merecen fijar nuestra atención algunas innovaciones en las doctrinas. El fundador de la séptima dinastía como si llevase á cabo en la China la obra que la escuela de Alejandria ensayaba en el imperio romano, purificó el culto, mostrando que los *Hu-ti*, es decir, los cinco primeros emperadores á los cuales se ofrecían sacrificios, no eran otra cosa que los cinco elementos de las cosas. Sacó por consecuencia, que era conveniente, para cortar de raíz el error, destruir los lugares que con particularidad les estaban consagrados, lo cual se ejecutó. Reformó y recopiló las leyes; aumentó el sueldo de los mandarines, para que tuviesen menos tentaciones de robar, y renovó la ceremonia en la cual el emperador cultivaba el campo.

Hacia esta época, una secta de los tao-sse, imaginó que el hombre era tanto más perfecto, cuanto más inactivo, de modo que sus adeptos se prohibían á veces hasta el uso de los sentidos. Habiéndose unido Hi-kang, á otros seis filósofos, que en unión suya, fueron llamados los siete sabios de Bambú, enseñó que el vacío era el principio de todas las cosas. Ridiculizaba las ceremonias, las leyes, los King, creyendo la suprema felicidad en la satisfacción del cuerpo, y en dejar á las cosas de este mundo seguir su curso. Sabía Y-ven-ti, la muerte de su madre, en el momento en que jugaba al ajedrez; se hace traer dos botellas de vino, las vacía y continúa su partida. Manda Lieu-ling á las gentes de su séquito, que en el caso de que el accidente que

se llama muerte le aconteciese viajando en su carro, se le ponga en tierra y prosigan su camino. Honró á aquellos sectarios el príncipe de Uei con sus persecuciones.

Pan-oei-pan, hermana del célebre general Pan-chao y del historiador Pan-ku, fué instruida en todo lo que se sabía en su tiempo, y llegó á rivalizar en saber con sus hermanos. Casada á la edad de catorce años con un jóven mandarin, se dedicó á los cuidados domésticos, como debe hacerlo una mujer, no robándoles sino cortos momentos para entregarse al estudio, al cual se consagró después de viuda enteramente, habiéndose retirado cerca de Pan-ku. Ocupándose este letrado en su calidad de historiógrafo imperial, en revistar y en continuar los anales de Se-ma-tsian, componía además ciertas *Instrucciones sobre la Astronomía*, y los *Ocho modelos*. Sirvióle de gran socorro su hermana para preparar los materiales, elegirlos y coordinarlos, de lo cual la recompensó citándola á cada paso con elogio. Cuando cayó después en desgracia, como amigo de Teu-hian, y murió en la prisión, ella fué encargada de continuar la obra de su hermano; al efecto se le proporcionaron todos los libros de que tuvo necesidad, señalándole un sueldo; de manera que la completó y publicó: su *Libro de los Han* fué principalmente aplaudido. Nombrola después el emperador maestra de poesía, elocuencia é historia, de la jóven princesa que estaba destinada á ser emperatriz. Compuso entonces un tratado sobre los deberes de la mujer.

«A nosotras pertenece, dice (3), el último lugar en la especie humana, reservadas como somos para las más humildes funciones. Antiguamente, cuando nacía una mujer, se la ponía tres días sobre unos harapos, dejándola allí sin hacer caso de ella. El tercer día se visitaba á la parida y se tenía cuidado de la recién nacida. Entrando después en la sala de los abuelos, el padre con la niña en brazos y la comitiva con tejas y ladrillos en las manos, permanecían algún tiempo silenciosos delante de las efigies de sus antepasados ofreciéndoles taciturnos, uno la criatura y los demás los materiales que tenían. Si las doncellas se persuaden de lo que son, no se enorgullecerán, permanecerán sumisas en su puesto, y convencidas de que no pueden nada sin el socorro de otro, se dedicarán á sus deberes sin encontrar en ellos nada pesado.

«Cuando una mujer ha entrado en otra familia, nuevos deberes se le imponen, que menos consisten en hacer lo que de ella se reclama que en prevenir lo que se pudiera exigir. ¿Queréis que vuestro marido os respete? respetadlo sin restricción. ¿Queréis que os honre y os ame constantemente?

(3) El padre Amiot ha publicado una larga disertación sobre esta letrada y la traducción de los *Siete artículos*, título de la obra, de la que aquí sacamos algunas máximas. *Mem. sobre los chinos*, t. III, p. 365 y siguientes.

velad siempre sobre vos misma para no dejarle notar vuestros defectos y corregiros.

»Cuatro cualidades hacen á una mujer amable: la virtud, las palabras, el exterior y las obras. La virtud debe ser sólida, entera, constante, sin tacha. No debe tener nada de feroz, de exasperante, ni áspera, ni pueril, ni minuciosa. Que sean honestas las palabras de la mujer, afables y mesuradas; no se debe ser ni muda ni charlatana. Que no diga nada trivial ni bajo, pero que tampoco rebusque las espresiones, y no haga alarde de las más comunes. Si es bastante instruida para poder discurrir sobre las letras, que no haga ostentacion de erudicion, porque nada disgusta tanto como la mujer que á cada momento cita la historia ó los libros sagrados, los poetas y la literatura; pero es estimada, si es instruida, si no pronuncia discursos fútiles, si habla de las letras y de las ciencias con brevedad, y por pura condescendencia á aquellos que la interrogan.

»La belleza hace seguramente á una mujer amable; pero no depende de nosotros. Es, por tanto, bastante bella para su marido, cuando se tiene siempre la mirada y la voz dulce, el vestido y la persona limpia, el peinado escogido y bien dispuesto, las palabras y modales honestos.

»Que la mujer no debe ejecutar sino acciones ordenadas y decentes para la satisfaccion de su marido y el buen ejemplo de sus hijos y servidores. Que todo lo haga á su tiempo, sin ser, sin embargo, esclava del momento; sin precipitacion ni pereza, atenta sin inquietud, graciosa sin afectacion.

»Al pasar de la casa paterna á la de su marido, todo lo pierde, hasta su nombre: todo lo que lleva, todo lo que ella es, hasta su misma persona, se convierte en propiedad de aquel que se le dá por esposo. Todas estas virtudes deben dirigirse hácia él; no debe procurar agradar sino á él; vivo ó muerto él solo debe poseer su corazon. Por esto es por lo que el *Libro de las leyes para las mujeres*, dice: *Si una de ellas tiene un marido segun su*

corazon es para toda la vida, si le tiene en contra de su corazon, es para toda la vida. En el primer caso, es feliz, y para siempre; en el segundo, es desventurada, porque su desgracia no acabará sino con la vida.

»La que ama á su marido y es correspondida, obedece sin esfuerzo, tanto porque es su inclinacion como porque está segura de la aprobacion de aquel á quien agrada. Una absoluta obediencia á su marido, á su suegro, y á su suegra, siendo además fiel á todas sus obligaciones, es lo único que puede librar á una mujer de todo vituperio. Que la mujer en la casa sea absolutamente una sombra, un simple eco: la sombra no tiene otra sombra aparente que la que le da el cuerpo, el eco no dice sino lo que se le hace decir.

»La mujer de buen sentido y que desee vivir tranquila, empiece por hacerse superior al fastidio inseparable de su condicion, estando convencida de que haga lo que haga, siempre tendria que sufrir algo de aquellos con quienes vive. Que se persuada de que su tranquilidad en lo doméstico y su reputacion exterior dependen únicamente de la estimacion que haya sabido ganarse por parte de sus suegros y de sus cuñados; y obtenerlo es bien sencillo: Que jamás contrarie á los demás; que cuando se le contrarie tenga paciencia; que no responda á las palabras duras que le puedan dirigir; que jamás vaya con quejas á su marido; que no desaprobe nada de lo que vea ú oiga, á menos que se trate de una cosa enteramente mala; que condescienda con los deseos de los demás, en todo lo que no es contrario á la honestidad y al deber. Por malos que sean el suegro y la suegra, asi como los cuñados, conservarán estimacion á una mujer que se conduzca tan bien; ensalzarán siempre y en todas partes su virtud y su carácter. Este elogio repetido le asegurará indudablemente el corazon de su marido, la hará respetar de los parientes, estimar de todos, y citar como ejemplo á las demás mujeres.»

CAPÍTULO XXII

LOS BUDDISTAS EN LA CHINA.

Ya hemos hecho mencion al tratar de las opiniones religiosas y filosóficas del Indostan (1), de la gran reforma de Budda, quien se atrevió, para atraer á sus sectarios á un culto más puro y á una moral de igualdad, á declarar la guerra á las creencias establecidas y á la casta sacerdotal.

La gran reforma de Budda nació, pues, segun parece, seis siglos antes de J. C., en las orillas del Ganges, y las predicaciones de Budda no pasaron más allá de este rio por la parte del mediodía. Los buddistas, viéndose perseguidos, se vieron obligados á ceder Magada y Varnachi á los brahmines que eran allí preponderantes, y á estenderse fuera de la China. Entonces estableció el buddismo su centro en Kotana; propagándose desde allí á los puntos meridionales de la isla de Ceilan, se sustituyó en el curso del sexto siglo á la adoracion de Siva y Visnú: penetró después en Siam, en el Aman, en la península de Malaca, en el imperio de los birmanes. Establecióse esta religion en el Japon en 552 después de Cristo, luego en las elevadas montañas del Tibet, donde después sentó su trono; y desde los elevados páramos del Asia Central penetró hasta el imperio de Cachemira, en otro tiempo metrópoli del brahminismo, mientras que en la Sogdiana y la Bactriana, se encontró con los dioses de la Escandinavia.

Difundia así una doctrina moral entre las naciones que no conocian ninguna; y como felizmente pocos individuos se hallaban en estado de adquirir las virtudes de perfeccion necesarias al aniquilamiento de sí mismo, al menos escitó á ejercer las practicables. Las austeridades del celibato indujeron á la templanza aun á aquellos que no querian privarse de la sonrisa de un hijo; la pureza del cuerpo se convirtió en una ley; tratáronse los animales en

consideracion á la metempsicosis. De este modo no cedió á ninguna en cantidad de prosélitos, á pocas en pureza de moral (2).

(2) Los más modernos, como Keru y Desenaste, niegan que Budda haya sido un personaje histórico. Otros le suponen muerto el 370 a. C. El buddismo salió de un orden monástico indio, que practicó una moral universal, animada por la caridad, y encerrándose en el quietismo, esto es, en la libertad de las ilusiones del mundo. En éste el monaquismo es esencia hasta del principio; en el cristianismo es una manifestacion accidental del espíritu evangélico. El buddismo se encierra en el quietismo, en la negacion del sér, mientras el cristianismo tiende siempre á la venida del reino de Dios, á ser perfectos como el Padre.

Mahavero, natural del Magada, muerto entre el 330 y el 348 a. C. predicó en la India la secta Gainica, apoyándose en doctrinas y prácticas anteriores, no negando los Vedas ni el brahminismo. Sus doctrinas están muy difundidas en la India inglesa, y ayudaron bastante á la civilizacion del pais, especialmente con servirse de la lengua vulgar. Tiene una cronologia completa y una rica literatura sacerdotal y seglar.

Por el contrario, el buddismo fué arrojado fuera de la península, porque rechazaba las castas y el sacerdocio; en el Tibet, en el Japon y en otras partes nombró un sumo sacerdote, que, sin embargo, no es vicario de Dios, sino Dios encarnacion.

En estos últimos años han estado al frente del movimiento religioso de la India Ramoun Roy, Keshal, Kunder Seu, Dayanunda Sarasrate.

A. BARTH, *La religion de la India*. 1879.

M. SENARTH, *La leyenda de Budda, su carácter y sus orígenes*. 1882.

H. KERN, *Der Buddhismus und seine Geschichte in Indien*. 1882.

E. ARNOULD, *The Leight of Asia, being the life and teaching of Garlanda*. 1885, 22 edicion.

L. LEBLOIS, *Las biblias y los iniciadores religiosos de la humanidad*. 1885.

Actas del Instituto veneciano. 1884, cuaderno 1.º.

(1) Lib. II, cap. 13 y 15.